

Desde la romería al mitin y la propaganda electoral: es el camino recorrido por la mujer en su incorporación al movimiento nacionalista en Euskadi. («Euskal Jaia», cuadro de Aurelio Arteta Errasti).

LO mismo que ocurre con otros aspectos del movimiento nacionalista, la intervención de la mujer se encuentra prefigurada en los planteamientos del fundador, Sabino de Arana Goiri. En sus escritos, y al lado del caserío rural, la mujer desempeña el papel de símbolo del mundo vasco tradicional amenazado por la invasión, cultural y moral, que acompaña a los cambios demográficos de la industrialización en Vizcaya. Entre las admoniciones sabinianas acerca de las amenazas que recaen sobre los vascos, incapaces de defender su esencia histórica, figura la de la irremediable mancha de la pureza de sus mujeres. De suerte que la mujer, si bien no desborda nunca su adscripción como sujeto pasivo —es decir, no protagoniza en modo alguno los riesgos de que es víctima—, dista de ser algo secundario. A título personal, Sabino lo demostrará haciendo de su propio matrimonio una cuestión estrictamente ideológica. La búsqueda de la pureza originaria de la raza a través del medio rural, representado a un

segundo nivel por la mujer, le lleva a casarse con «una aldeana» (por usar sus propias palabras), Nicolasa Achicallende, no sin antes de haber rechazado en nombre del ideal a una joven residente en Bilbao, pero no vasca. «Es una bizkaina originaria —explica Sabino a su seguidor Aranzadi, tratando de contrarrestar las críticas relativas a su prometida "aldeana"—, todas las familias originarias eran en Bizkaya nobles; todos los vascos descendemos de aldeanos y de caseríos; nuestras doctrinas son esencialmente democráticas y se fundan en el amor al pueblo, y mi casamiento sería un ejemplo en vez de mengua...» Era la puesta en práctica de la norma relativa a que todo **jelkide** debiera buscar su esposa entre las compatriotas. Hasta tal punto se interesaba Arana Goiri por el tema, que escribió en torno a él un melodrama histórico, **Libe**, con el fin de ilustrar el inevitable fracaso en las relaciones amorosas entre una joven vizcaína y un extranjero castellano a fines del siglo XV. Claro que la actuación de Libe desborda el plano

«Emakume»

La mujer en el nacionalismo vasco

Antonio Elorza

La participación femenina en la evolución del nacionalismo vasco es muy intensa y tal vez la más eficaz por comparación con otras tendencias políticas surgidas en el marco político español con anterioridad a 1936. Sin embargo, este peso social de la mujer vasca tiene poco que ver con la difusión de las concepciones feministas y sí en cambio con la solidez del sistema familiar eje de la vida rural tradicional en Euskal Herria. Como en otros aspectos, el nacionalismo transformará un referente, extraído de la estructura social vasca, convirtiéndolo en un instrumento ideológico eficaz. La historia de la incorporación

de la mujer a la militancia, a través primero de organizaciones de beneficencia, y más tarde en el seno de la Asociación de la mujer patriota («Emakume Abertzale Batza») se convierte así en el mejor ejemplo de las formas de movilización que desde supuestos conservadores consigue el P. N. V., preparando de paso implícitamente los supuestos de su supervivencia tras la represión que sigue a la derrota militar de 1936-1937 (1).

(1) Para la redacción de estas páginas hemos utilizado los datos del escritor nacionalista «Xabier de Bursain», **Emakume**, ensayo inédito hasta hoy. También han sido consultadas las colecciones de los periódicos **Aberti** y **Euzkadí**, de Bilbao, y **Gipuzkoarra** y **El Día**, de San Sebastián. Así como las **Obras completas** de Sabino de Arana Goiri (Buenos Aires, 1965).



Desde un comienzo, la Madre Vasca es el símbolo constante de las argumentaciones nacionalistas sobre la mujer. En el grabado, cabecera del semanario **Aberti** en 1908.

sentimental, ya que muere tras exhortar a los jóvenes vizcaínos a luchar por la libertad de su patria. La mujer nacionalista no agota, pues, su función en el mantenimiento del núcleo familiar vasco; tendrá un cometido político mucho más directo apoyando abiertamente la movilización masculina. «¡Si hoy morís los hombres, mañana os seguiremos vuestras hijas, vuestras esposas y vuestras madres! ¡Bizkaya siempre fue libre!», exclama Libe antes de caer atravesada por el plomo español.

Pasarían varias décadas antes de que la fábula sabiniana se desplegara plenamente en la realidad. El conservadurismo que prevalece en los continuadores de Arana Goiri al frente del P. N. V. se traduce en la atención casi exclusiva hacia la mujer como reducto de la raza y eje de la institución familiar. En la imagen que de la Nación Vasca transmite Engracio de Aranzadi («Kizkitza»), aparece la familia como «el timbre de gloria más puro de la sociedad vasca», aglutinada en torno al hogar por la autoridad patriarcal del «etxeko jaun». La Casa Solar deviene la piedra angular y el símbolo de ese orden rural mitificado en el cual la mujer desempeña un puesto subordinado y, como máximo, complementario en su calidad de «etxeko andrea». Casi en visperas

de la guerra civil, podremos encontrar planteamientos similares, e incluso más restrictivos, en obras como **La democracia en Euzkadi**, de José de Ariztimuño, sacerdote y propagandista influyente en medios populares guipuzcoanos. Tras insistir como «Kizkitza» en el papel central que a la familia corresponde dentro de la tradición democrática vasca (con expresión en el voto fogueral) se muestra contrario al sufragio universal inorgánico y al voto de la mujer. Sólo si ésta accede en sustitución del padre a la gestión del hogar habría que tener derecho al sufragio.

Ahora bien, la oposición al voto femenino no implica para Ariztimuño un menosprecio a la participación política de la mujer; lo que busca es su inserción en un esquema jerarquizado. «Juzgamos que la mujer, por la función excelsa que está llamada a desempeñar en la sociedad, no es conveniente intervenga en las luchas políticas mediante el ejercicio del sufragio, sin que esto indique que no pueda y, más aún, deba desarrollar una actividad patriótica intensa». El cura propagandista funde en estos párrafos los dos aspectos básicos de la concepción femenina que presenta el nacionalismo vasco. De un lado, una visión tradicional de la mujer, en el contexto familiar y rural, heredera de las cruzadas del cambio de siglo contra el baile «agarrao», con el corolario de su articulación subordinada respecto al protagonismo social y político del hombre. Y, en sentido contrario, un reconocimiento lúcido de las posibilidades culturales y políticas de la intervención femenina, al ser el elemento transmisor de la lengua y de la cultura vascas, capaz en ocasiones de extender su radio de actuación hacia el plano político. En este sentido, el reconocimiento de la igualdad de derechos a las afiliadas en la Organización de 1933 es el fruto de un largo proceso que protagonizan las mujeres nacionalistas, desde los primeros escarceos en sociedades de beneficencia, en los comienzos del siglo, hasta la expansión en los primeros meses de República de su organización, el «Emakume Abertzale Batza».



Primeras campañas en favor de la presencia femenina en el renacimiento de Euzkadi. Portada de Gipuzkoarra. 1907.

LA MUJER LAS PRECURSORAS Y EL ROPERO VASCO

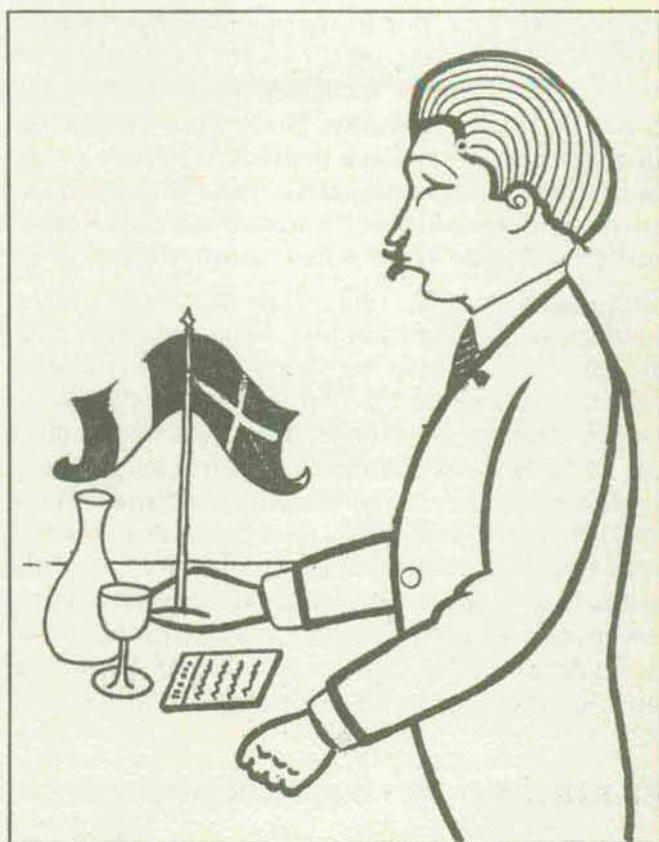
Es la citada inclinación hacia los aspectos morales, con la consiguiente mitificación del núcleo familiar, lo que explica que desde muy pronto el tema de la mujer ocupe un lugar destacado dentro de la literatura nacionalista. La mujer es al mismo tiempo el símbolo del orden vasco amenazado por la inmigración, el sujeto pasivo de un eventual proceso de co-

rrupción y, en su calidad de vasca, el reducto desde el cual podrá abordarse una regeneración. Como escribía hacia 1906 el publicista jelkide «Euzkindarra», «el de la mujer vasca es el papel más importante en el resurgir de la patria» por su mencionada calidad de vehículo transmisor de la cultura y de agente de formación de las nuevas generaciones.

Sorprende, en todo caso, la temprana incorporación directa de un grupo de mujeres a la propaganda ideológica nacionalista. Entre los meses de junio y agosto de 1907 vemos surgir en los semanarios **Gipuzkoarra** de San Sebastián y **Aberri** de Bilbao una serie de firmas femeninas —«Garbiñe», «Mirentxu», «Kataliñ», «Libe»— que insisten sobre el papel activo que corresponde a la mujer en la acción política vasca. La pionera de esta agitación doctrinal, Purificación Gorostiza («Garbiñe») morirá pronto, en diciembre de 1909, no sin antes intervenir con María de Barbier («Mirentxu») en la fundación del Ropero Vasco que la mencionada «Libe» propusiera en agosto de 1907. Pero inicialmente los objetivos de «Garbiñe» eran mucho más ambiciosos y se ajustaban a las precitadas normas de Sabino sobre la exigencia de fomentar en todo orden de cosas las asociaciones y el espíritu vasquista. Propone «Garbiñe» la creación de una «Liga de jóvenes vascas», en agosto de 1907, con una serie de finalidades concretas: el compromiso de «no casarse con ningún extraño» (a la raza vasca, por supuesto), enseñar a los niños el euzkera hablándolo exclusivamente en familia, pagar una cuota pro escuelas vascas y por fin, de modo más general, «a conservar y propagar las modas, cantos, vestidos, comidas o menús, juegos, danzas, etc., indígenas, y de un modo particular a no bailar jamás ningún agarrao» (**Gipuzkoarra**, 24-VIII-1907).

En la misma línea y por los mismos días insiste «Mirentxu» sobre este papel central que en su doble calidad de esposa y madre corresponde a «la mujer euzkotarra». Utilizará el hogar como centro de difusión ideológica y, sobre todo, debe moldear el espíritu de sus hijos en el amor a la Patria Vasca. Como «Garbiñe», «Mirentxu» valora el papel instrumental de la mujer, lejos de toda propensión feminista. Desde una óptica estrictamente sabianiana, la intervención de la mujer en el proceso de socialización es lo que justifica los cometidos que se le atribuyen. Desde su puesto de control en el hogar, habrá de mantener en éste viva la llama del ideal vasquista, con todas las exigencias ideológicas y culturales que de ello se derivan.

La temprana oleada de militancia femenina apenas dará, por el momento, resultados con-



En abril de 1922, el irlandés Ambrose V. O'Daly lanza la idea de una Asociación de la Mujer Patriota. Caricatura publicada en *Aberri*.

cretos. Puede pensarse que en ello intervinieran los prejuicios de una mentalidad conservadora que prevalece en los ambientes nacionalistas, desconfiando de cualquier posición de la mujer en política que no fuera la de sujeto pasivo. Hay que recordar que la máxima autoridad del P. N. V. en el momento, Luis de Arana Goiri, combatirá todavía en enero de 1933 la igualdad de derechos de hombres y mujeres dentro del partido. Cuando en la Asamblea de Tolosa de dicho año cambien las cosas protestará: «que a la mujer vasca que en nuestra Patria tuvo su misión cristiana y patriótica en el hogar y con el pobre desvalido, no se la saque de él por un modernismo que le haga perder su valor cristiano y vasco» (Carta al B. B. B., 24-VII-1933). No es de extrañar, pues, que la intervención femenina que propugnan «Garbiñe» y «Mirentxu» acabe limitándose al campo de la beneficencia, que por lo demás ellas mismas habían señalado como terreno de ensayo. La «Liga de jóvenes vascas» tendrá aún que esperar algunos años para ser realidad.

Por el momento, la mujer nacionalista bilbaína quedó encargada de cumplir una de las consignas del fundador: la atención preferente al vasco necesitado o desvalido. No obstante, al constituirse el 2 de febrero de 1908, el Ropero Vasco no asumía etiqueta política alguna, si bien la atención exclusiva al trabajador

vasco enlazaba, por lo menos, con el comportamiento vasquista de un sector de la burguesía, encarnado por el naviero Ramón de la Sota. De hecho su nuera, Sofía Mac Mahón de la Sota, era la primera presidenta efectiva de la institución, que mantuvo una vida discreta, entregando anualmente entre dos mil y cuatro mil prendas de ropa a los vascos pobres.

Siempre dentro del terreno de la beneficencia orientada ideológicamente, siguió sus pasos la Junta Nacionalista de Socorros de Nuestra Señora de Begoña, ya con matiz político definido y surgida al calor de una coyuntura crítica, la presencia forzosa de muchos jóvenes vascos en la guerra de Marruecos. Fundada en 1921, la Junta se dedicó, tras la guerra, a socorrer familias nacionalistas indigentes, con algunas actividades secundarias de corto alcance, entre las que sobresalía una pequeña colonia veraniega en Murguía (Alava) atendida por dos Hermanas de la Caridad.

EL EJEMPLO DE LA MUJER IRLANDESA

Hasta aquí, el papel de las mujeres nacionalistas era simplemente subalterno y respondía a la imagen de organización tradicional y disciplinada que en la segunda década del siglo presenta la Comunión Nacionalista. Sólo cuando los límites de esta política se hacen evidentes, en torno a 1919-20, comienza a dibujarse una alternativa cuyos rasgos principales serán el regreso a las fuentes doctrinales sabinianas y la búsqueda de una mayor actividad, de nuevas formas de movilización de los militantes frente al anquilosamiento que proporcionaba la estrategia legalista en busca de la autonomía por parte de la Comunión. No es casual que fueran los jóvenes los protagonistas de la disidencia ni que como caballo de batalla figurase la cuestión irlandesa. El partido había optado por secundar la línea parlamentaria, de compromiso y no violenta que seguía el Partido Nacionalista irlandés. De ahí que en 1916 condenase tajantemente la Pascua Sangrienta de Dublín (sin menospreciar, claro es, lo que en tal sentido jugaba la aliadofilia). Por el contrario, la juventud sabiniana vería en los sin-feiners irlandeses el ejemplo a seguir de un nacionalismo en lucha, aplicable a la pujante Euzkadi de la neutralidad. Eran dos opciones de clase y generacionales, con dos planteamientos teóricos y estratégicos diferenciados, que harán explosión cuando sea manifiesta la crisis económica y política de la posguerra, al encallar la línea moderada comunionista. El resultado conocido es la llamada escisión «aberriana», que en 1921 hace

resurgir el Partido Nacionalista Vasco, sabiniano e independentista, montado sobre el bastión principal de la Juventud Vasca de Bilbao. Minoritario respecto a la Comunión, pero con superior dinamismo organizativo e ideológico.

El presidente de Juventud Vasca, Elías de Gallastegui, será quien a título personal protagonice el nuevo despliegue de formas de actuación que ha de caracterizar al renacido P. N. V. Anima el teatro vasco, orientado a potenciar la repulsa juvenil respecto a la guerra de Africa, reaviva el papel movilizador de las fiestas y excursiones nacionalistas (como las grandes Fiestas Vascas que en junio de 1922 organiza en torno a la tumba de Sabino, en Sukarrieta-Pedernales). Dirige a los montañeros nacionalistas («mendigoxales»). Y piensa que la mujer puede ser algo mucho más activo y eficaz de lo que hasta entonces ha representado en el movimiento nacional euzkadiano.

También en este punto el ejemplo vendrá del nacionalismo irlandés. La organización militante de la mujer vasca sigue el molde del Cumann nan Ban de Irlanda, cuyos principios expuso en una conferencia de propaganda Ambrose V. Martin O'Daly. Fue en Bilbao, el 10 de abril de 1922. Por supuesto, O'Daly habló del papel de la mujer irlandesa en el hogar o en defensa de la fe religiosa, pero sobre todo exaltó su calidad de militante, al lado del hombre, llegando a empuñar el fusil en la lucha por la independencia patria. Si como escribe «Xabier de Bursain» hasta entonces la mujer en Euzkadi iba como mucho a las romerías, ahora el cambio propuesto era más que notable. Ante el entusiasmo suscitado por la conferencia, Elías de Gallastegui trató de forzar una afiliación masiva a una organización de mujeres «abertzales» todavía por crear. En el mismo acto lo propuso, consiguiendo ganar la adhesión de un núcleo inicial de cincuenta, en torno a una militante que venía de atrás, Carmen (Karme), de Errazti.

La nueva organización, que asumía el título de «Asociación de la mujer patriota» (en euskera, «Emakume abertzale-Batza»), nace así como hijuela de Juventud Vasca de Bilbao, a la que seguirá físicamente ligada, para bien y para mal, hasta que se haga autónoma ya en los años 30. Tampoco el promotor, Eli Gallastegui, permanecerá del todo al margen de las «emakumes» que contribuyera a organizar: si en lo sucesivo suenan más otros nombres, Gallastegui («Gudari») nunca olvida la propaganda en favor de su actuación. Más de una vez, llegará a compensar con artículos propios firmados con nombre de mujer la escasez de

plumas femeninas. Sobre todo de su empuje arranca la nueva orientación del «Emakume». En el documento de constitución, correspondiente a la primera asamblea que tiene lugar en Juventud Vasca el 7 de mayo de 1922 los cometidos de caridad y beneficencia se adscriben a la mujer patriota, pero sólo en último término, tras otro tipo de actuaciones mucho más comprometidas con la lucha política cotidiana del nacionalismo.

El programa, que es publicado el 12 de mayo por el semanario peeneuvista **Aberri**, conjuga los principios sabinianos con las enseñanzas

derivadas del ejemplo irlandés. «Emakume Abertzale Batza» ha de contribuir al fomento del euskera y de la cultura vasca; lo primero creando clases y escuelas para niños, lo segundo, prestando apoyo al folklore nacional. «A este efecto creará clases y fundará escuelas para niños, fomentará su literatura apropiada con cuentos, narraciones, lecciones, etc., iniciará el teatro infantil, cultivará su inteligencia con clases de solfeo, piano, ordenará sus aficiones con grupos de hilanderas, ezpata-dantzaris y juegos propios, creará el amor a su lengua estableciendo clases de euskera, pre-



Las «emakumes» desfilan en el Aberri-Eguna de 1922.

la continuidad. Pero las condiciones, bajo la República, y una vez reunificado el nacionalismo, eran otras y mucho más favorables. Las afiliadas a E. A. B. de Bilbao, en su momento de reconstitución, el 23 de junio de 1931, eran ya 520 y pronto su número se multiplicará (con ya casi mil a fin de año), en un proceso de crecimiento que persiste hasta 1934, irradiando a Vizcaya-provincia primero y a Guipúzcoa, para morder con mucho menos intensidad sobre los medios femeninos de Alava y Navarra. Puede suponerse que Octubre del 34 provocó algún retroceso: sabemos, por ejemplo, que E. A. B., de Las Arenas perdió en 1934 un 10 por 100 de sus efectivos. Las nueve agrupaciones de emakumes de Bilbao llegaron a contar 5.500 afiliadas, mientras que las agrupaciones donostiarras (algo tardías, ya que su local sólo se inaugura en abril de 1932) alcanzaron las 1.500 afiliadas. La segunda mitad de 1931 fue la fase de expansión en el espacio del movimiento de emakumes. Entre junio y diciembre van formándose las agrupaciones en la mayoría de las localidades vizcaínas, seguidas a un ritmo menor por la serie de fundaciones guipuzcoanas, comenzando por Azcoitia y Eibar. Por el momento, como núcleos aislados en Alava y Navarra, Vitoria se constituyó en octubre y Pamplona en noviembre. El volu-

men de ambas asociaciones (600 emakumes vitorianas y 700 en Pamplona) superará en términos absolutos la entidad alcanzada por los núcleos rurales más nutridos: con la excepción de Bermeo, oscilando otros entre las doscientas y las quinientas afiliadas.

Desde muy pronto surgió la idea de federar las asociaciones a nivel de las cuatro regiones, pero la propuesta, formalizada por Eibar en noviembre de 1931, sólo llegó a concretarse en 1935 para Guipúzcoa. Posiblemente la exigencia general de coordinación no se hizo sentir, dada la dependencia de las organizaciones de emakumes respecto a las agrupaciones locales, regionales y nacional del P. N. V., y teniendo en cuenta el papel complementario y subsidiario que como máximo desempeña la mujer en el cuadro organizativo nacionalista. Nunca se pensó en que existieran unos objetivos independientes para la actuación femenina —otra cosa eran los rasgos diferenciales en el terreno de los medios— y por consiguiente «Emakume Abertzale Batza» apenas experimentó la necesidad de constituirse como correlato en todos los niveles de existencia del partido.

De modo similar a las restantes piezas del esquema organizativo inspirado en el lema J. E. L. (1), E. A. B. se presentaba en sus reglamentos como una entidad fuertemente disciplinada, sometida al «amparo» de Juventud Vasca y con explícita prohibición para sus afiliadas de tomar parte en cualquier manifestación o fiesta de espíritu antivasco. El campo concreto de actividades se enumeraba en un prolijo «Manifiesto a la mujer patriota», que en sus párrafos reproduce textualmente los propósitos del llamamiento de 1922: acción política subsidiaria de la masculina e iniciativas «orientadas al aspecto social vasco y de carácter cultural y benéfico». Importa subrayar que en todo momento prevalece una consideración diferencial del sexo femenino, en el sentido de una jerarquización y subordinación respecto al masculino. Así, al fijar el sentido de la actividad en el medio familiar se advierte que «lo principal de este campo (siempre guardando la reserva propia de la mujer) no es tanto la actuación directa e inmediata, sino la mediata, la preparación de los futuros patriotas». Y en cuanto a la intervención política, sólo tomará parte en aquellos actos «que no desdican de la mujer». No obstante, muy pronto la eficacia de la actuación femenina iría quebrando las prevenciones.

(1) «Jaungoikoa eta lagi-zarra», «Dios y ley vieja», lema sabiniano del que se deriva «jelkide», militante nacionalista fiel al mismo.

¡Mujeres cristianas!

¡Madres vascas!

Sabed, que el Partido Nacionalista Vasco, presentó en las Cortes españolas un proyecto de ley pidiendo la enseñanza del Catecismo en las escuelas públicas.

Sabed, que los grupos derechistas de las Cortes, los mismos que hoy se erigen en defensores únicos de la Religión, ni siquiera tomaron en consideración este proyecto.

¡Mujeres, madres!

Considerad y votad al

**PARTIDO NACIONALISTA
VASCO**

La concesión del voto a la mujer en la II República multiplicó la importancia política del «Emakume». En los grabados, proclamas de la campaña del 36 dirigidas al electorado femenino.



La señorita Julene de Urzelay hablando en el mitin nacionalista en homenaje a la «Madre Vasca», celebrado en el Frontón Euskalduna, de Bilbao



La señorita Maria Teresa de Zabala pronunciando su discurso en el mitin nacionalista celebrado en el Euskalduna, de Bilbao, en homenaje a la «Madre Vasca»



La señorita Polixene de Trabudua hablando al público en el mitin nacionalista de Bilbao, en homenaje a la «Madre Vasca»



La señorita Haydee de Aguirre pronunciando su discurso en el mitin celebrado en el Euskalduna, de Bilbao, en homenaje a la «Madre Vasca»

De 1931 a 1933 proliferan las oradoras nacionalistas. En las fotos, intervenciones en un mitin de las «emakumes» Julene de Urzelay, Teresa Zabala, Polixene Trabudua y Haydee Aguirre.

De hecho, los propios actos de inauguración del Emakume en cada localidad servían de base a concentraciones masivas de finalidad propagandística, realizados según un ritual homogéneo. Era un auténtico programa de festejos, dirigido tanto al proselitismo en el lugar de la celebración como a justificar la concentración de los militantes de otras poblaciones. Según nos relata Xabier de Bursain, el programa, casi siempre idéntico, se abría de víspera con una conferencia o velada teatral para, el día siguiente de la inauguración, iniciarse la mañana con las diversiones populares y la recepción de los visitantes, seguidas de las ceremonias religiosas (Misa solemne cantada y bendición de la bandera del local), exhibiciones, banquete, para culminar la celebración con el mitin de propaganda (al que irán incorporándose las emakumes oradoras) que es seguido a modo de clausura por la típica romería vasca. Tal vez las de mayor brillantez fueron las fiestas de inauguración del E. A. B. donostiarra, el 10 de abril de 1932, con intervención del obispo de Vitoria y un gran mitin en el frontón Urumea con diez mil asistentes. Los propios adversarios políticos reconocieron tras los actos —y la vista de las decenas de miles de hombres y mujeres presentes en el primer Aberri Eguna— la capacidad de atracción popular lograda en unos meses por el nacionalismo.

Tal vez el aspecto de la actividad de Emakume en que más se refleja el sesgo conservador de la organización sea el campo de la asistencia social, unas veces enteramente subordinado a la línea política del partido y otras en la línea tradicional del concepto cristiano de la caridad. No es casual que, en la primavera del 36, las emakumes intervengan en la constitución de la Asociación «Sendi-Aldez», en defensa de la familia, formada bajo la impresión de que «todos los elementos parecen conjurados contra la vida cristiana y vasca de la familia». Y que anteriormente dediquen una atención especial a la propaganda religiosa, llegando a organizar conferencias de apologética y a solicitar una página de formación católica en el diario **Euzkadi**.

Una de las actividades más nombradas de E. A. B. fue en este sentido el «Gabon —la Noche Buena— del Solidario», que sellaba la ayuda fraterna de la organización a los trabajadores de Solidaridad de Obreros Vascos afectados por la crisis económica y el consiguiente paro. Las emakumes confeccionaban canastillas y entregaban juguetes, comestibles y ropas para los mayores con destino a los **solidarios necesitados**. La exposición pública de las canastillas favorecía el alcance propa-

gandístico de la obra de caridad. En realidad, se trataba de una expansión de las actividades anteriores del Roperio Vasco, que siguió funcionando bajo el manto protector de Emakume. La misma orientación se persigue a través de comedores para los obreros en paro forzoso, que fueron creados especialmente en las Encartaciones. Se trataba de desmarcar la ayuda efectiva otorgada al solidario vasco, socorrido por sus compatriotas, de la ineficacia imputada a las organizaciones de resistencia socialistas y comunistas.

El peso del efecto demostración en tales actuaciones puede comprobarse a través del relato de una sesión de entregas con motivo del mencionado «Gabon del solidario» de 1931: «Las beneméritas señoras que integraban la Junta de E. A. B., acompañadas de distinguidos abertzales, fueron en seis autos, galantemente facilitados, visitando los hogares de los necesitados, entregando cestas que contenían provisiones de comida, cena y ropa. Las esposas e hijas de los solidarios y abertzales que, emocionadas recibían los regalos, hacían presente su gratitud, con lágrimas y frases cálidas de inmenso agradecimiento a las dignísimas Emakumes, a cuya iniciativa debían aquellas provisiones, que durante algunos días remediaban su difícil situación económica...».

El mismo talante conservador se aprecia en la timidez de los ensayos de sindicación femenina, que sólo surgen muy tardíamente y respondiendo a intentos anteriores efectuados desde la izquierda. Es lo que ocurre con las sirvientas, donde se intenta seguir las huellas de la U. G. T. y con un proyecto de sindicación de la trabajadora vasca en el marco de S. T. V. que ni siquiera podrá ensayarse al estallar la guerra. Alguna mayor fortuna tuvieron los intentos en el campo de la enseñanza. Bursain habla de unas quinientas maestras afiliadas a E. A. B., con las que se buscó la formación de «Eusko-Irakasle-Batza» (Asociación de maestros vascos).

En el terreno estricto de la asistencia social, los mayores logros se obtuvieron en el ámbito de sanidad. En 1932 se dieron los primeros pasos para la formación de un cuerpo de enfermeras vascas («gexosañak») en Bilbao y Guecho-Algorta. El siguiente paso fue la formación de un botiquín (julio de 1933) y de un dispensario (febrero de 1934). Las «euzko gexosañak» celebraron su primera asamblea en mayo de 1934, viendo sólo cortada la línea de actuación ascendente por el cierre de locales que sucede a la revolución de octubre de dicho año. La orientación ideológica puede observarse en el proyecto de una Cruz Roja Vasca (Euzko-Gexosain-Bazpatza), tendente a forjar

desde abajo una organización vasca de sanidad: otro tanto ocurre con el propio uniforme de la «gexosaña» que combina los colores de la «ikurriña». Para articular estas actividades con las del partido se celebró en febrero de 1934 un Congreso de Asistencia Social que encuadraba estas tareas en el Departamento de Economía y Trabajo del Bizkai-Buru-Batzar (Consejo Regional de Vizcaya del P. N. V.). Más que el peso real de semejante labor en el conjunto de la sanidad vasca, lo que cuenta es el papel cualitativo, de afirmación política, de las instituciones mencionadas.

Lo que prevalece, pues, es la función complementaria que las «emakumes» representan en la actividad política del P. N. V. La posición de la mujer en el orden familiar, y por consiguiente en el proceso de socialización, hace que de E. A. B. se derive el proyecto nacionalista de organización de la infancia. Desde las niñas pequeñas («poxxpoliñas», mariposas) a los adolescentes, éstos con un cierto grado de autonomía, se iba hacia una movilización general del pueblo vasco en torno a las ideas nacionalistas. La fiesta y la conmemoración patriótica eran los momentos en que tal movilización se materializaba. Este proceso culmina en 1932 con la formación de «Euzkadi'ko Gaztetxu Batza». En todo caso, el folklore prevalece sobre el plano estrictamente cultural. Sólo de cara a los años de silencio en la posguerra tiene significación efectiva la intervención de las emakumes en la paulatina creación

de escuelas vascas que se integran en el «Euzko-Ikastola-Batza», fundada en marzo de 1932 por la doble iniciativa de Juventud Vasca y de E. A. B. A fines de 1933 existían 21 escuelas federadas con 1.250 alumnos.

La actuación política directa será la más espectacular, sobre todo una vez consumada la obtención del sufragio por la mujer, lo que hace más rentables los esfuerzos de movilización femenina. Si los actos de inauguración o conmemoración de las Asociaciones locales de «emakumes» se convierten en otros tantos mítines del P. N. V., éste no dejará tampoco de beneficiarse de las mujeres afiliadas para confeccionar censos, estudios preelectorales y controlar el desarrollo del proceso electoral. Progresivamente va formándose además una escuela de oradoras nacionalistas, que de modo creciente intervienen en los actos del partido, cabe pensar que con la atención vuelta hacia la obtención del sufragio femenino. El 5 de febrero de 1933 tuvo lugar en el frontón Euskalduna de Bilbao un gran mitin de Homenaje a la Madre Vasca en el que tomaron parte cuatro oradoras de E. A. B., Julene de Urzelay, María Teresa de Zabala, Haydée de Aguirre y Polixene de Trabudua. En la campaña electoral de 1936 intervinieron las «emakumes» en 38 actos. Hasta tal punto se consuma esta integración de las «emakumes» en el movimiento nacionalista que, como resultado de la revolución de octubre de 1934, la clausura de locales afecta a los de E. A. B. que



Presidencia del mitin de Homenaje a la Mujer Vasca en Bilbao (1933).



sólo ven levantarse sus precintos en los últimos días de abril de 1935.

Para entonces hacía mucho que las «emakumes» más activas habían superado el papel inicial de elementos de socorro del militante nacionalista, por ejemplo en los casos de encarcelamiento. Hay que tener en cuenta la dureza de la confrontación entre el P. N. V. y los gobiernos republicano-socialistas de 1931-33. Especialmente en 1932 y 1933 los conflictos con las autoridades son frecuentes y menudean los procesos y las detenciones de nacionalistas (que alcanzan al pleno del Consejo Regional vizcaíno). Los datos de 1933 son elocuentes: 452 encarcelados, 514 multas, 117 procesos. En enero de 1933 tres «emakumes» propagandistas (las citadas Haydée Aguirre y Polixene de Trabudua, más Nekane Legorburu) fueron detenidas, lo que desencadenó una campaña de solidaridad iniciada con una conferencia de María Teresa Zabala en los locales de Emakume a la que siguió su clausura. Hasta mayo se sucedieron los incidentes, con nuevas denuncias y procesos, para culminar con la disolución violenta por la fuerza pública en Bilbao de las emakumes que tomaban parte en una manifestación con motivo de una visita a la villa del presidente Alcalá Zamora. Solidaridad de Trabajadores Vascos respondió declarando la huelga general que paraliza Bilbao el 4 de mayo de 1933. En el precitado

Dos concepciones divergentes de la mujer y la política en el sector republicano en 1936: muchachas socialistas en Madrid, el 1 de mayo, y jóvenes nacionalistas saliendo de misa en Bilbao, durante la guerra. Unas 28.500 «emakumes» había entonces en Euskadi.



mitin de Euskalduna, María Teresa Zabala había descrito entusiásticamente la nueva situación: «Hoy son las figuras de estas valientes mujeres, perseguidas con multas, procesos y cárceles, las que nos admiran, nos conmueven y nos encantan, porque vemos en ellas personificado lo que vale la mujer vasca, lo que es capaz de hacer...». Gracias a E. A. B. la mujer vasca había pasado a primera fila en la lucha nacionalista.

Sin embargo, la militancia de las «emakumes» no significó una incorporación plena al P. N. V. a pesar de que éste lo intentara y que en el artículo 4.º de la Organización de 1933 definiese la plena igualdad entre ambos sexos a la hora de afiliarse e intervenir en la vida del partido. La Memoria de Bizkai-Buru-Batzar de 1933 se lamenta de que el fuerte crecimiento del partido fuera casi exclusivamente masculino, contándose en toda Vizcaya sólo 276 afiliadas al P. N. V. (de ellas más de cien en un solo pueblo, Zamudio). El corto plazo de vida normal que había de transcurrir hasta la crisis de octubre del 34 primero y la guerra más tarde nos impide saber si esa desventaja se hallaba en condiciones de ser colmada. De hecho la atención constante que desde el nacionalismo se dirige a la mujer se mantiene, como vemos, de acuerdo con unas pautas diferenciales, que tratan de potenciar temporalmente su intervención en el sufragio, pero que sobre todo buscan la utilización de su papel en la célula familiar. El símbolo siempre repetido de la Madre Vasca, refleja dicho encasillamiento. La literatura nacionalista se mueve siempre en torno a los mismos argumentos y con idénticas imágenes retóricas. En el renacimiento de la patria la mujer es el elemento activo y disciplinado que potencia las movilizaciones populares y garantiza al propio tiempo la transmisión de la cultura vasca y de la ideología nacionalista. «La raza vasca, modelo de religiosidad y de puras costumbres —afirma en una de sus alocuciones Haydée de Aguirre—, a ti te debe todas sus glorias, porque tú has sido la que has formado el corazón de tus hijos, la que cuando nos tenías en tu regazo ponías ante nuestra mirada (...) el ideal sublime de Sabin». Lo mismo expresa, en octubre de 1931, el joven Telesforo Monzón en una conferencia significativamente titulada «En la mujer vasca está la clave de la libertad de Euzkadi». Parte Monzón de considerar la familia vasca como el eje de la estructura política del país y siendo la maternidad el momento de plena realización de la «etxekoandre», la formación de los hijos constituye su misión esencial. No importa que quien mande sea el marido: «Los hombres pueden dar al país

la soberanía —concluye Monzón ante las «emakumes» que le escuchan—; a vosotras corresponde hacer el espíritu de una Euzkadi libre». Y desde ese papel tan definido no resulta fácil, y es en buena medida innecesario, el salto hacia una militancia equivalente a la del hombre nacionalista.

LA MUJER VASCA EN LA GUERRA

Al producirse el levantamiento militar de julio del 36 la red de sociedades de emakumes se extendía a la totalidad de Vizcaya, con 116 asociaciones constituidas, seis grupos sueltos y 15.000 afiliadas; a la mayor proporción de la provincia de Guipúzcoa, con 66 asociaciones, 8 en formación, siete grupos y 10.000 afiliadas, y a núcleos dispersos de Alava y Navarra. En Alava, 11 asociaciones, 12 en constitución y 10 grupos (unas 1.500 afiliadas), y en Navarra 12 asociaciones, 30 en formación y 40 grupos sueltos (2.000 afiliadas). En total, según los datos que proporciona Xabier de Bursain, 28.500 emakumes, esto es, una entidad de fuerza comparable en términos cuantitativos a la propia Solidaridad de Trabajadores Vascos. En pueblos de fuerte implantación nacionalista, como Bermeo, el número de emakumes había llegado a ser de más de 600, y entre 300 y 500 había en Guecho-Algorta, Tolosa, Deusto, Azcoitia, Vergara e incluso en Irún y Eibar, localidades donde el nacionalismo era una fuerza minoritaria.

Lógicamente, la organización de enfermeras, en el marco de la Cruz Roja Vasca (Euzko-Gexosain-Baspatza), fue la que de modo más inmediato se adaptó a la circunstancia bélica. Las «gexosañak» movilizadas con el Ejército Vasco fueron pronto trescientas. El resto de las actividades sufrió la necesaria reconversión. De la confección de ropas para los solidarios pobres se pasó a la de vestimenta militar para los «gudaris». Bursain describe cómo el trabajo en taller, con máquinas de coser, de varias decenas de emakumes eibarresas se combinaba con otras cuatrocientas mujeres que trabajaban cada una en su domicilio. Y de la beneficiencia hubo que pasarse a la atención de los afectados por la contienda, en particular refugiados de la zona conquistada por el Ejército, a quienes había que proporcionar comida y alojamiento. En fin, la solidaridad con los presos cobró nueva forma en Navarra, Alava y Guipúzcoa tratando, a pesar de la clausura de los locales, de proporcionar algún apoyo a los detenidos y a las familias de los fusilados. Esta atención se prolongaría más tarde a los lugares de exilio. Hay que advertir que, gracias a Bursain, poseemos un censo de

este tipo de actividades pero que no hay el menor indicio de la eficacia real lograda por las mismas en aquellas difíciles circunstancias.

La mujer nacionalista vasca experimentó una represión también diferencial, conforme se imponía el levantamiento. Conocemos el nombre de una «emakume» ejecutada en Mondragón, Paula Múgica, al parecer especialista en el comportamiento electoral de la población. Pero la generalidad de las «emakumes» sufrió sanciones de otro tipo, que iban desde la cárcel al destierro, pasando por las multas y las vejaciones personales. Bursain habla de los rapados a los que seguía un paseo forzado por el pueblo y la limpieza obligada de locales públicos. Cabe pensar que todo ello, si sirvió para acompañar la extinción legal del movimiento femenino «abertzale», no tuvo la menor eficacia a la hora de borrar las convic-

ciones ideológicas de las vencidas. Nuestra hipótesis, ciertamente por contrastar, es que la actuación de la mujer nacionalista en la formación de las nuevas generaciones, con el concurso de su politización anterior a la guerra, constituye uno de los factores principales a la hora de explicar las formas de resurgimiento nacionalista en Euskal-Herría en la década de los cincuenta. La mayor atención del «Emakume» hacia los puntos no estrictamente políticos (lengua, cultura vasca entendida en sentido nacionalista, nexo entre religiosidad y sentimiento vasco) sirvió quizás mejor que en otros movimientos políticos antifranquistas, para salvar la barrera del miedo que, sin duda alguna, cortó fuera del País Vasco con mayor eficacia el proceso de reproducción ideológica de las fuerzas de oposición aplastadas por la derrota militar y la ulterior represión. ■ A. E.



Intervención activa de las «emakumes» en la guerra de Euskadi: las «gexosañak», enfermeras de la Federación Sanitaria Vasca.